

PRIMERA PARTE

LA PROFESIÓN DE LA FE

SEGUNDA SECCIÓN: LA PROFESIÓN DE LA FE CRISTIANA

CAPÍTULO PRIMERO CREO EN DIOS PADRE

ARTÍCULO 1 «CREO EN DIOS, PADRE TODOPODEROSO, CREADOR DEL CIELO Y DE LA TIERRA»

Párrafo 4

279- 281 El Creador

Catecismo de la Iglesia católica. Un programa dirigido por monseñor José Ignacio Munilla, obispo de San Sebastián.

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del Catecismo de nuestra madre, la Iglesia. Nos adentramos en el apartado que tiene como título el Creador.

Estamos en la explicación del Credo, dando los primeros pasos. Habíamos explicado, hasta ahora: Creo en Dios, padre todopoderoso. Ahora comienza esta expresión “Creador de cielo y tierra”. El símbolo de los apóstoles, dice, “Creador de cielo y tierra”, el Credo de Nicea lo explicita más: “Creador de cielo y tierra, de todo lo visible y lo invisible”.

279 "En el principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,1). Con estas palabras solemnes comienza la sagrada Escritura. El Símbolo de la fe las recoge confesando a Dios Padre Todopoderoso como "el Creador del cielo y de la tierra", "de todo lo visible y lo invisible". Hablaremos, pues, primero del Creador, luego de su creación, finalmente de la caída del pecado de la que Jesucristo, el Hijo de Dios, vino a levantarnos.

Es como una pequeña declaración. Primero vamos a hablar del Creador, luego de la creación. Y finalmente, de la caída del pecado de la que Jesucristo ha venido a levantarnos, es decir, del pecado original. El tema del pecado original se suele explicar ligado a la creación, entre otras cosas, porque hablar del pecado original también es una explicación del origen del mal. Dios ha creado el mundo, el cual es el origen del mal. Así comienza el Génesis. Es lo primero que nos dice la Revelación: al principio creó Dios, el cielo y la Tierra. Esa es la primera palabra de la Sagrada Escritura, y cuál es la última. ¿Cómo concluye la Sagrada Escritura, la revelación de Dios? Pues fijaros:” Dice el que da testimonio de estas cosas: «Sí, vengo pronto». Amén. ¡Ven, Señor Jesús! La gracia del Señor Jesús esté con todos. Ap 22,20

La sagrada escritura comienza con la revelación de que Dios es creador y termina diciendo que Jesús viene a nosotros, que vino y que vendrá y que su gracia viene en nuestra búsqueda.

Bueno, es un detalle, no sé si nos habíamos fijado en alguna ocasión cómo comienza y cómo concluye. La Sagrada Escritura, aunque son libros distintos y cada uno de ellos tiene su autonomía. Han sido escritos en épocas muy diferentes, sin embargo, el Espíritu Santo es el que ha inspirado la Sagrada Escritura. En momentos y épocas muy diferentes, ha sido el Espíritu Santo el que da unidad a toda la Sagrada Escritura, aunque los autores de cada libro no fuesen conscientes de ello. Lo que ellos estaban escribiendo, bajo la acción del Espíritu Santo, iba a estar integrado en una unidad, en un hilo conductor. Hay un plan, hay un hilo conductor que comienza hablando de la creación y

termina diciendo que Cristo volverá y que nuestra vida consiste en estar abiertos a su llegada. Viene cada día si le acogemos, viene en los sacramentos y vendrá glorioso al final de los tiempos. La creación solamente puede ser entendida como el inicio del plan de salvación de Dios para con nosotros. Ese es el inicio. Con estas palabras solemnes comienza la Sagrada Escritura, el símbolo de la fe las recoge, confesando a Dios padre todopoderoso como creador de cielo y de la tierra de todo lo visible y lo invisible.

Algunas traducciones dicen: en el principio, Dios creó cielo y tierra, otras dicen al inicio, que aunque Dios no tiene principio, aunque Dios es eterno, la creación sí ha tenido principio. Hubo un tiempo en que la creación no existió. Hubo un tiempo en el que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque conocían desde toda la eternidad su decisión de crear, sin embargo, todavía no habían llevado a cabo ese designio de amor. Es algo que a nosotros nos cuesta entender porque supone un ejercicio de desprendimiento de las categorías de abstracción y de purificarnos de las categorías desde las que pensamos. Nos damos cuenta de que Dios cuando ha creado el mundo, también creó el tiempo y el espacio. Es el principio de nuestra creación porque Dios está fuera del espacio y del tiempo, Dios es eterno. Ayer es hoy para Dios, mañana es hoy. Dios es capaz de tener en un perfecto instante toda la eternidad.

La definición de la eternidad que hace Boecio es la posesión simultánea en un punto de todo el tiempo. Esa es la eternidad, solamente Dios es eterno. Los demás no somos eternos porque hemos tenido un principio. Esta es una cuestión que nos suele costar porque nosotros no podemos desprendernos del tiempo y del espacio. Entonces nos armamos un lío tremendo al decir: y antes de Dios, qué es lo que había. Pues esta es una pregunta mal hecha. ¿Qué había antes de Dios? Esta pregunta deja claro que quien la realiza tiene una gran dificultad de desprenderse de su imaginación. Su imaginación le está jugando una mala pasada. Decir que había antes de Dios es pensar en categorías temporales y aplicárselas a Dios.

Dios hace un acto de creación y al crear el mundo, se introduce en el tiempo junto con la creación. Igual nos podemos preguntar, ¿cuánto espacio ocupa Dios? Sería una pregunta ridícula. Dios no ocupa espacio, el espacio lo ha creado Dios.

Dios está fuera del espacio y del tiempo. Dios no es viejo ni nuevo, ni es grande ni pequeño. El espacio y el tiempo han sido criaturas de Dios, igual que Dios creó el mundo, en ese mundo está el espacio y el tiempo. Por que cuando decimos en el principio Dios creó el cielo y la tierra, nos referimos al principio nuestro, no al principio de Dios. Hay que tener en cuenta ese matiz. Bueno, muchas veces después de pensar en ese tipo de misterios que nos superan, tenemos también que decir: Señor, Tú sabes más.

Si Dios quiere darse a conocer, tenemos que hacer un esfuerzo para entender bien la revelación de Dios, pero al final siempre nuestra comprensión va a ser imperfecta. Y entonces tenemos que decir: Señor, yo no te conozco como quisiera conocerte, pero pero te amo. Y si quiero conocerte más, no es por curiosidad, sino que es por amarte más.

Nuestro Papa Benedicto XVI en distintos discursos y en distintas circunstancias, nos ha recordado la importancia de la catequesis de la creación. Una teología que no parte de la creación va a tener problemas. Y uno de los problemas principales de la filosofía de nuestro tiempo es también el olvido de la creación. La creaturalidad, el hecho de que nosotros seamos creaturas, tener ese concepto integrado en nuestra vida nos ayuda a entender otras muchísimas cosas, por ejemplo, el concepto de libertad. Este es uno de los problemas mayores de nuestro Papa Benedicto XVI, creo que está de una manera profética, desenmascarando una mentalidad en la que hemos desligado la libertad de la verdad.

Porque no nos hemos dado cuenta de que al principio está la creación y nuestra libertad es una libertad donada. Dios nos ha dado la libertad en el acto creador. Entonces, como la libertad está donada y yo no soy el principio de mi libertad, sino que el principio de mi libertad es la creación de Dios, pues es importantísimo que entendamos que la libertad tiene que estar conjugada con la naturaleza humana, con la naturaleza del mundo. La libertad no consiste en desligarme de la creación, sino ligarme a la verdad que está implícita en la creación de la ley natural. La libertad y la ley natural están perfectamente unidas. En la cultura actual se entiende la libertad, como la decisión

autónoma del hombre al margen de la ley natural y de la ley divina. Se trata de la autoafirmación del hombre que no tiene que responder ante nada: esa es mi libertad y a mí nadie me dice lo que tengo que hacer ni de dónde vengo ni de a dónde voy. Es una libertad perdida, sin rumbo, sin norte porque se ha olvidado de que la libertad es creatura, no es Dios. Cuando nos olvidamos de que somos creados, parece que nos endiosamos. Entonces la libertad ocupa un lugar que no le corresponde, se sienta en un sillón, en el sillón que únicamente le corresponde a Dios.

Nosotros creemos en la libertad del hombre, y precisamente por eso reconocemos que lo que dignifica al hombre es reconocer la verdad y esta verdad es que somos criaturas de Dios. Y Dios ha querido que colaboremos con él, que no únicamente seamos como el resto de la creación, sino que seamos protagonistas activos de la creación.

En gran parte se pretende, dar una mera explicación científica al origen del mundo, como si la explicación científica del origen del mundo hiciese innecesaria la explicación de la creación. La teoría de la evolución o cualquier otra teoría, no puede aproximarse científicamente a nivel de hipótesis, ¿cómo fue el comienzo del mundo?, la ciencia no puede llegar hasta el mismo origen. En todo caso podrá aproximarse a cuál es el transcurso. Cuáles son los primeros pasos en la creación, pero no al hecho mismo del origen de la materia, que es algo que es metafísico. La ciencia siempre tiene que partir de una materia ya existente, pero no puede llegar hasta ese momento en el que la materia todavía no existe, que es el momento de la creación. Sería jugar a ser filósofo, o teólogo. El científico que pretende desde los postulados llegar a negar la posibilidad de la creación o el hecho de la creación no está respetando su campo de científico, sino que está jugando a ser filósofo.

Existen científicos que están haciendo una lectura científica sobre si la tierra gira en torno al sol o el sol gira en torno a la tierra, ya en un tiempo se habló del riesgo del pecado de que desde la lectura bíblica equivocadamente se pretendiese esto. Evidentemente fue un error, no una intromisión el pretender que desde la Sagrada Escritura nos entrometiésemos en la astronomía.

Nosotros podríamos decir exactamente al revés, que también es una intromisión indebida el que desde un postulado científico se pretenda hablar, no ya de la actuación de la materia, sino del principio mismo de la procedencia de la materia. De su acto creado o la negación de su acto creador es una intromisión de la ciencia en la filosofía y en la teología. En resumen, que el primer versículo de la Sagrada Escritura sea un versículo que nos recuerda que somos criaturas, eso también quiere decir que nuestra espiritualidad tiene que estar marcada por nuestra creaturalidad. Tenemos padre, no somos huérfanos, hemos sido pensados desde toda la eternidad en un plan, por un plan divino. La teoría de la evolución, decía Benedicto XVI contempla la verdad, pero solo la mitad. No ve lo que está detrás del espíritu de la creación.

La teoría de la evolución observa la verdad, pero solo la mitad de la verdad. Entonces nosotros queremos ver la verdad plena. Y por eso es tan importante el principio de interdisciplinariedad porque así las ciencias también se complementan. La filosofía y la teología, y la Revelación de una manera especial, nos iluminan en la explicación de la existencia. También el hecho de que nosotros afirmemos que somos creados.

Soy creado, por una parte significa que yo soy dependiente de Dios, yo no soy Dios, no soy plenamente autónomo, y mi libertad es una libertad creada, donada pero al mismo tiempo la palabra soy creado también, afirma que Dios al crearnos, nos ha dado una autonomía. La diferencia entre el panteísmo y la fe en la creación es que el panteísmo afirma que todo es Dios, hasta el punto de que no hay una distinción entre el creador y la criatura. Entonces al tocar la materia estamos tocando a Dios, etcétera. Sin embargo, nosotros no. La creación reconoce que Dios, al crear el mundo, le ha dado una autonomía, es decir, tiene una libertad que puede utilizar bien o puede utilizar mal. Es reconocerle su propia dignidad a la creación. Decía Chesterton sobre este tema, que una mujer en el mismo, acto de tener un hijo al mismo tiempo tiene un hijo, pero lo pierde. Es decir, que toda creación es una separación. El nacimiento es una partida solemne. El niño sale de la madre y a partir de ese momento ya marca sus distancias. Es verdad que es hijo de la madre, pero desde el momento que ha nacido se ha separado de la madre. También pasa algo así con la creación. A diferencia de los panteístas que piensan que todo es Dios, creemos que también la creación da una autonomía. Y la prueba es que podemos utilizar bien o mal la creación. ¿Por qué remarco esto?

Porque es verdad que cuando Dios nos crea dependemos de él, pero también hay un parto. Dios nos da a luz y entonces nuestra vida consiste en intentar utilizar nuestra autonomía. Pero a ver qué tal la utilizamos, a ver si cometemos el error de utilizar nuestra autonomía de una manera en la que nos olvidemos de dónde hemos venido y de adónde vamos. Nuestra fe en la creación es una fe muy equilibrada, que nos tiene que nos tiene que alejar de los dos extremos. Del extremo del panteísmo que viene a decir que todo es Dios y por lo tanto la criatura no tiene consistencia propia y del extremo contrario que es pensar que nosotros somos absolutamente libres, autónomos y que no tenemos que responder ante nadie. La fe católica, la fe cristiana es equilibrada: Dios nos creó, al crearnos nos ha dado una libertad, tenemos una autonomía, pero es una autonomía que ha nacido de Dios y es para Dios. Luego mi autonomía, mi libertad, únicamente la voy a utilizar bien cuando recuerde de dónde vengo, a dónde voy y que soy una criatura dependiente del Dios creador.

280 La creación es el fundamento de "todos los designios salvíficos de Dios", "el comienzo de la historia de la salvación" (DCG 51), que culmina en Cristo. Inversamente, el Misterio de Cristo es la luz decisiva sobre el Misterio de la creación; revela el fin en vista del cual, "al principio, Dios creó el cielo y la tierra" (Gn 1,1): desde el principio Dios preveía la gloria de la nueva creación en Cristo (cf. Rm 8,18-23).

La creación no es un episodio desligado del resto de las cosas que cuenta la Sagrada Escritura, especialmente de cómo al final el Padre envió a Jesucristo y se hizo hombre en las entrañas de la Virgen María para salvarnos. ¿Hasta qué punto está unido en el plan de Dios la creación del mundo, con su decisión de que, llegada la plenitud de los tiempos, iba a enviar a Jesucristo? Ahora trataremos este aspecto ¿qué relación existe entre que Dios creó el mundo y que al mismo tiempo tenía decidido enviar a su hijo para salvar al mundo? El plan de Dios es un plan que estaba desde toda la eternidad pensado. Dios creó el mundo en Cristo, esto es lo que aquí se nos quiere afirmar.

Dios que es el Dios eterno, omnisciente, conocedor de nuestro pasado, presente y futuro, obviamente desde el principio conocía también el designio salvífico, que había nacido de El. La misma decisión de enviar a su hijo a Jesucristo, conocedor de que nosotros íbamos a utilizar mal nuestra libertad es un único plan de salvación. Hay una sola economía de salvación, un único plan de salvación, no son dos planes, aunque sean dos momentos distintos para nosotros. Para iluminar esto se nos refiere a romanos, capítulo 8, versículo del 11 al 23, dice: *“Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros. Así pues, hermanos, somos deudores, pero no de la carne para vivir según la carne. Pues si vivís según la carne, moriréis; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis. Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!». Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él. Pues considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo.”*

Unos versículos que nos están recordando que la creación, que ha sido sometida, que ha sido herida en el pecado, esta esperando expectante la liberación de su esclavitud. Está esperando a su redentor,

a Jesucristo. Es decir, que Dios nos creó y nos creó libres. Pero prolongando ese acto de creación, después Jesucristo se presentó ante nosotros como el libertador de nuestra libertad esclava. Dios nos creó libres, nosotros nos hicimos esclavos y finalmente tuvo que enviarnos a su hijo Jesucristo para liberar nuestra libertad esclavizada. Y todo ello es un mismo plan de salvación. O sea, Jesucristo ha venido para que podamos ser libres con la libertad de los hijos de Dios. Luego no hay dos planes de salvación. La creación es el inicio de la historia de la Salvación. El primer acto de salvación que Dios hizo fue crearnos y más tarde redimirnos.

Leemos ahora un texto que subraya cómo existe una unidad en todo este plan, es un texto de un teólogo. Dice: el hombre, imagen de Dios realiza su destino de ser imagen de Dios a lo largo de una secuencia de momentos históricos que son los siguientes:

- la imagen formada, que es la creación;
- la imagen deformada que es la doctrina del pecado;
- la imagen reformada que es la doctrina de la justificación y de la gracia;
- y la imagen consumada que es la escatología.

Se ven claramente cuatro momentos en este ser imagen de Dios: la imagen formada, Dios nos creó; la imagen deformada por el pecado cuando nos apartamos de Dios; la imagen reformada, Dios nos ha santificado, nos ha redimido y la imagen consumada, que es la llegada al cielo, la escatología. Luego hay una unidad en todo este plan. Una unidad en la que nosotros leemos la creación.

281 Por esto, las lecturas de la Noche Pascual, celebración de la creación nueva en Cristo, comienzan con el relato de la creación; de igual modo, en la liturgia bizantina, el relato de la creación constituye siempre la primera lectura de las vigiliyas de las grandes fiestas del Señor. Según el testimonio de los antiguos, la instrucción de los catecúmenos para el bautismo sigue el mismo camino (cf. Egeria, Peregrinatio ad loca sancta, 46: PLS 1, 1047; san Agustín, De catechizandis rudibus, 3,5).

Podemos completar este punto, recurriendo a San Agustín que nos recuerda que siempre en la introducción de la celebración del Bautismo se comenzaba con el relato de la creación. También evoca la liturgia de la vigilia Pascual: el sábado Santo por la noche, cuando ya ha oscurecido, nos preparamos para celebrar en esa gran Vigilia Pascual, la madre de todas las liturgias, la celebración de la Resurrección de Jesucristo. Podemos pensar que nos remontamos muy atrás, porque empezamos con el texto del Génesis, que es la primera lectura que al principio de la celebración: Dios creó el mundo. En la Iglesia Latina, incluso también en la liturgia bizantina de oriente, todavía se hace así: siempre que hay una fiesta del Señor se comienza con el relato de la creación. ¿Con esto qué es lo que se subraya? que el designio de salvación es uno. Que hemos sido creados en Cristo, ¿Qué quiere decir esto? Que cuando Dios nos creó, él ya sabía que finalmente iba a enviar a su hijo como Salvador del mundo. Y por eso nos ha predestinado en Cristo y por eso hemos sido creados tomando a Cristo como primogénito de toda criatura, es decir, el modelo desde el que Dios Padre creó el mundo fue Jesucristo, sabiendo que finalmente le iba a enviar, iba a enviar al Verbo y se iba a encarnar las entrañas de la Virgen María.

Esto supone meternos en el corazón de Dios. Es como si Dios hubiese adelantado la gracia de Cristo al primer momento de la creación. De alguna forma, la gracia de Cristo estaba ya desde el primer momento de la creación, desde luego, no en plenitud, porque bien sabemos que después Jesucristo vendrá a decir que todavía no había llegado la gracia hasta que no se realizó en la Pascua. La creación ya tenía Cristo como modelo.

El Padre tomó a Cristo como modelo, es como ese pintor que a la hora de pintar el cuadro tuvo un modelo y ¿cuál fue el modelo que ese gran pintor, ese gran artista, tuvo a la hora de llevar a cabo la creación del mundo? El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tuvieron a Jesucristo como ese modelo de la creación sabiendo que finalmente Cristo iba a ser como el culmen de la creación, llegada la plenitud de los tiempos. La criatura más hermosa que jamás salió de las manos de Dios fue la humanidad de Jesucristo, nacida de las entrañas de la Virgen María. Esa naturaleza humana pasaría

a formar parte para siempre del ser de Dios. El ser de Dios en su segunda persona, el Verbo pasaría a ser hombre para siempre: esta es nuestra fe. La fe cristiana nos recuerda que en la creación del mundo ya estaba presente el designio de que un día llegaría Jesucristo. Y El es el rey de la creación, el alfa y la omega, el principio y el fin este es el motivo por el que cuando celebramos esas grandes liturgias, por ejemplo, la de la Vigilia Pascual, en primer lugar, leamos la creación del mundo y pongamos en marcha todo el relato de la historia de la salvación para decir: y al final envió a Cristo que nos libertó de nuestra esclavitud y dio toda su plenitud al designio de salvación por el que Dios había creado el mundo.